

HOMICIDIOS

EN EL VALLE DE ABURRA

Zona norte: Bello - Barbosa -
Copacabana - **Girardota.**

GIRARDOTA



Girardota es un municipio ubicado al extremo norte del Valle de Aburrá. Limita con San Pedro de los Milagros, Donmatías y Guarne y con otros dos municipios del Área Metropolitana: Barbosa y Copacabana. Está ubicado en cercanías a Bello, cuyas dinámicas conflictivas permean la región.

En Girardota se registraron 47 homicidios entre el 2016 y el 2022. El 93,6 % de estos casos han sido hombres dedicados a oficios varios o desempleados y con un nivel académico de bachillerato. En contraste, son solo 3 los casos de homicidio de mujeres registrados en este período de tiempo y estos no permiten definir un perfil de víctima: las tres tenían edades y niveles académicos diferentes, una de ellas era estudiante y se desconoce la ocupación de las demás.

Del porcentaje menor de asesinatos de mujeres no se concluye una poca violencia feminicida en el municipio; persiste el riesgo de otras violencias que limitan las formas de habitar el municipio. Para comprender mejor este fenómeno conversamos con diferentes jóvenes del territorio. Encontramos que hay una percepción de mayor vulnerabilidad de las mujeres en la noche que está desligada al riesgo del hurto y que está asociada a violencias basadas en

en género. Las mujeres asesinadas fueron encontradas cerca a fincas o en los rieles de una vereda y dos de ellas fueron asesinadas con un arma cortopunzante.

En Girardota la violencia homicida se concentra en el casco urbano, donde aún se da una disputa por el control territorial, mientras que las veredas suelen estar bajo un control explícito. Adicionalmente, la violencia urbana parece estar relacionada a zonas comerciales (disco²otecas, cantinas y plazas de microtráfico, donde empiezan las riñas): la estación, la calle comercial de Santa Ana y las canchas del INDER como lugar de remate, y la vía pública como el principal lugar donde ocurren los homicidios. Algunos billares y bares son lugares de distribución de droga y son frecuentados por hombres adultos que coinciden con uno de los principales rangos etarios de las víctimas: entre los 40 y 59 años. Los horarios más violentos están menos concentrados que en otros municipios; aun así, el momento más violento es el sábado en la noche.

Este municipio tuvo un pico de violencia en el año 2015, que superó la cifra de 20 asesinatos por año. Fue un momento en el que las disputas por el control territorial entre dos bandas externas —dos familias de

Bello en disputa y que se han ido expandiendo a nivel metropolitano, y que también protagonizan la violencia en Barbosa, Copacabana y una parte del norte— que tuvo repercusiones en Girardota desde una “limpieza social” por parte del grupo criminal Los Pachelly para intentar de manera infructuosa recuperar el territorio.

Hubo un segundo pico de violencia de menor intensidad entre el 2018 y el 2019, que logró aplacarse en algunos sectores como el Cabildo, donde continúan las disputas de grupos por territorios pero bajo un pacto de fusiles. A partir del 2019, la violencia homicida se caracteriza por responder más a peleas por linderos y lotes. Desde entonces, Girardota es considerada una zona muy estratégica; se comporta como zona de refugio para bandas externas: “aquí las mismas bandas le cobran vacunas a los manes para cuidarlos y que ellos vengan y se escondan acá”.¹

La respuesta institucional a las violencias en el municipio es considerada insuficiente por los jóvenes. Es importante señalar que una ciudadanía activa en el municipio identifica que no hay protocolos claros y efectivos ante las diversas violencias. Manifiestan que no parece

haber una disposición desde la administración por investigar las violencias para incidir de manera estructural. Frente a los casos de feminicidio, reconocen una política reciente con enfoque de género, pero desconocen las líneas y procedimientos que deben activarse⁶ en caso de emergencia. Tampoco hay conocimiento de una política pública de juventud y, en todo caso, se evidencia la deuda de un enfoque diferencial en la Política de Seguridad en el municipio.

Las medidas actuales son percibidas como mediáticas más que eficientes. Adicionalmente, los jóvenes sienten que la única acción que conocen encaminada al cuidado de sus vidas está mal concebida: las rondas de policías a las salidas de los colegios. Adicionalmente, los jóvenes tienen una percepción de que la seguridad en el municipio se cumple bajo un sesgo elitista, religioso y conservador: así, el cuidado efectivo está puesto en los “posibles votantes” (adultos de clase media y alta) y desprotege a los jóvenes; por lo cual explican el segundo rango etario que repunta de las principales víctimas del municipio (entre los 18 y 28 años).

Hay dificultades para exigir una transformación de la respuesta institucional cuando la sociedad civil identifica lazos entre estructuras criminales y personas en cargos públicos. También cuando la desconfianza en la Policía es creciente y se sustenta en la imposibilidad de interpelar los excesos de la fuerza pública. Los jóvenes sienten que pueden moverse tranquilos en el territorio porque ya son reconocidos, pero esto es una sensación de seguridad que pasa por el aval de un actor ilegal.

Finalmente, como estrategias para la transformación de las violencias homicidas, encontramos una población joven crítica que demanda claridad en las rutas de acción y protección, y la importancia de la formación con información para cuestionar y hacer veeduría con incidencia en entornos escolares.

